

* * *

El abandono universal permítelas ser, en ciertos casos, la encarnación del odio santo, de la violencia salvadora, del rencor que prepara el Futuro.

Vedlas pasar en el cortejo ululante que Steinlen titula *La Rue*. Sus cabelleras castañas, sueltas al viento, agitanse cual oriflamas de rebeldía. En sus ojos, antes resignados, enciéndense fuegos de incendio. Sus bocas abiertas, gritan una carmañola moderna que no amenaza á un rey, sino á la sociedad toda, más dura, más tiránica, más explotadora que los Gobiernos absolutos de la tierra. ¿Qué dicen estas estrofas de odio? ¿Qué piden las cláusulas de la nueva Marsellesa? El pintor mismo lo ignora. Son acentos vengadores, muy vagos, sin sentido preciso, que ningún poeta ha verbalizado aún, pero que rugen ya en las almas de las multitudes hambrientas. Es el canto que anima á los que sufren. Es, en fin, la oración sanguinaria de los desesperados.

III

LAS MUJERES DE LONDRES



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1906. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Las mujeres de Londres.

¿En dónde está la inglesa clásica, la del sombrerito de paja sin color y sin forma, la alta, la pálida, la fría *english*, cuyos cabellos son de cáñamo lacio, y cuyas manos descarnadas llevan siempre un libro, guía, con cubierta roja ó evangelio forrado de negro? ¿En dónde está la *miss* vestida con un trajecillo á cuadros y una camisa de hombre, peinada como un boticario, calzada como un cartero rural, con guantes que parecen calcetines? ¿En dónde está la bíblica señorita que, según la canción parisiense, carece de formas, carece de deseos y carece de sentidos? ¿La inglesa de las comedias, de los *Sobrinos del capitán Grant*, de *Miss Helyet*, de las farsas italianas y de los vaudevilles alemanes, en fin, dónde está?

Aquí en Londres no la veo en ninguna parte.

33450

En Sevilla, en cambio, en Sevilla y en Florencia, en las montañas suizas y en las márgenes de los lagos italianos, en Niza y en París, sobre todo, las he visto siempre en caravanas interminables, midiendo los paseos, los senderos, los bulevares, con sus pasos mecánicos de á yarda. Las he visto en los jardines divinos del Alcázar llenando de ramas de mirto sus saquillos de viaje; las he visto en Niza escandalizándose ante la francesita ligera y rítmica que pasa alegrando la calle de *frufrús* de seda ó de cascabeleo de risas; las he visto en París, en hordas interminables, visitando las salas del Louvre, invadiendo las naves de Nuestra Señora, devastando el parque Monceaux.

Y en todas partes sus siluetas uniformes, sus andares inflexibles, sus dientes largos, sus trajes de madera y sus inefables sombreritos, han contribuido á arraigar en mi retina la visión invariable de la *miss* risible.

*
**

Sólo en Londres no la veo.

En la inauguración de la Exposición anual de Bellas Artes, en Burlington House, vi á la inglesa de lujo (alta burguesía, aristocracia) y admiré su rostro rosado, su cabellera de ámbar ardiente, sus ojos de esmalte y sus manos impecables. Los retratos de Laurence, de Millais, de Gainsborough, estaban allí animados, viviendo, sonriendo, saludando, correctos sin sequedad, vibrantes sin neurosis, so-

lemnes sin petulancia, suntuosos sin pompa. Los trajes, los sombreros, el calzado, venían de París. Pero la claridad de la mirada, la claridad del cutis, la claridad de los labios, era completamente londnense. Sólo aquí se ven esos tonos aterciopelados en las mejillas de rosa y en las frentes de alabastro.

*
**

Anoche, como anteanoche y como siempre, vi en Picadilly, en Regent Street, en el patio de Charnig Cross, junto á la torre-cilla gótica donde anidan las polomas de la *city*, el rebaño gorjeante de las vendedoras de sonrisas. Allí estaba la *girl*, cuya mansedumbre enterneció á Bourget y á Mourey. Iba siempre «vestida de claras telas, cubierta con ancho sombrero y con mitones en las manos.» Lo mismo que hace medio siglo, cuando Tomás de Quincey la santificó encarnándola en Ana, «sonreía al transeunte con labios ingenuos y no buscaba sino lo necesario para comer al día siguiente.» ¡Pobre, pobre *girl*, paciente, resignada, como evangélica! Sin ella los borrachos de los sábados no podrían reposar sus cabezas enloquecidas sino sobre las piedras de las aceras.

Sin ellas las noches del centro serían siniestras, en la soledad de las calles principales. Sin ellas los espejos enormes de los *bars* sólo reflejarían rostros de machos enrojecidos por el *whisty and soda* y macerados por el trabajo. Y aunque no son bonitas, ni siquiera graciosas, aunque

no tienen como los *mômes* de Montmatre y del Barrio Latino, miradas que encienden la sangre en las venas del hombre, aunque no se visten con elegancia verdadera, ni andan con rítmico paso, ni ostentan curvas provocadoras, ni enseñan, al recogerse la falda, *piecitos* diminutos; aunque carecen de feminidad atrayente, en suma, son siempre, si se las compara con las *éngliches* de Sevilla, de Florencia, de Niza y de París, deliciosas muñecas humanas.

*
*
*

También he visto á la *griseta* de Londres, á la Mimi Pinsón de aquí, á la que, con su amor desinteresado, alegra la existencia de los chicos que sueñan y que esperan, que son sentimentales y activos, de los futuros poetas, de los hijos de los prerrafaelistas, de los que, lejos de Oxford, en plena *city*, cultivan á hurtadillas las letras en una oficina comercial. Estas son las más simpáticas, porque llevan más ostensiblemente el ramito de flores azules que toda adolescencia tiene en el alma. Se llama Lily ó Katti. No es alta, no, ni siquiera es necesariamente rubia. Pequeñita, morena, rizada, sonriente, corre como un pájaro detrás del ómnibus que la lleva á su *bureau*.

Porque aquí Mimi Pinsón no es modistilla cual en Madrid, ni costurera como en París, ni florista como en Nápoles, ni cigarrera como en Sevilla. Su oficio es menos poético.

Sus manos, lejos de suavizarse al contacto eterno de las sedas, de las flores y de las plumas, se ensucian de tinta. La señorita Lily es *typewriting*, escribe en una máquina, y no son cosas poéticas las que escribe, sino prosaicas cartas comerciales, enormes columnas de cifras, circulares para los clientes y *acuses de recibo* para los corresponsales de la India y de Australia. Su traje es uniforme. El horrible sombrero de paja de forma masculina, cubre su cabellera y oculta su frente. Una falda de paño negro y una casaca azul, ancha, pesada, sin corte, casi sin costuras, saco más que *jaquette*, esconde la forma de su cuerpo. Todo su encanto reside en sus ojos, divinos de candidez, adorables de claridad, y en sus labios encendidos, ingenuos y glotones, que parecen incapaces de mentiras y que saben decir, con languidez innata, el tradicional *y love you*.

Sin duda para los que estamos acostumbrados á la belleza latina, á la gracia parisiense, á la voluptuosidad andaluza, á la indolencia italiana, la *typewriting* no realiza el ensueño del encanto femenino. Pero creo que acostumbrándose uno á verla, debe llegar á encontrarla deliciosa. Tiene la base de toda belleza, que es la juventud. Tiene piel rosada, como un melocotón. Su cuerpecillo, que no se ve, pero que se adivina, es flexible. Es discreta hasta el punto de que su vecina no sabe jamás lo que hace por la noche, cuando, al salir de la oficina, se pierde entre la bruma al lado de su novio.

En suma, si comparada con madamoise-

Ile Mimí, costurera de París, es insignificante en cambio, comparada con las *misses* clásicas que llenan los paseos de Niza y los jardines de Sevilla es adorable.

*
**

Pero ¿de dónde salen tantas *misses*? ¿Qué ciudad de esta isla sorprendente — grave y funambulesca, capaz de todo lo raro — las fabrica. ¿En qué restaurant vegetarianista han enflaquecido sus cuerpos? ¿Qué domingo protestante ha impreso en sus rostros el fastidio eterno? ¿Qué humedad nebulosa ha desteñido sus cabelleras y apagado sus ojos? ¿Qué duende shakespeariano, de aquellos que se cuelan por las cerraduras de las puertas, se ha divertido en alargarles desmesuradamente los dientes?

¡Dios lo sabe!

En todo caso, Londres no es su patria.

IV

BAILARINAS COSMOPOLITAS